

EL CASTILLO DE SANT'ANGELO (*)

Entrando en el puente de Sant'Angelo, que da paso, sobre el Tíber, al Barrio Vaticano, a la vieja Ciudad Leonina, veréis alzarse, del lado del naciente, un enorme torreón, en cuya cúspide aparece, a modo de celeste atalaya, un arcángel de bronce. Es el Castillo de Sant'Angelo, famoso con la denominación de "Mole Adriana" en los recuerdos de la antigüedad, y con su nombre actual en los del Pontificado; gigantesco nudo que ata las dos mitades de la historia romana; primero, mausoleo de los Emperadores, desde Adriano y Antonino el Piadoso, que lo levantaron, hasta Septimio Severo; y después, fortaleza de los Pontífices, desde la cual resistió Clemente VII el vandálico asalto del Condestable de Borbón.

(*) "El castillo de Sant'Angelo". — La página que ofrezco, a pedido de mi amigo el poeta Carlos Sabat Ercasty, corresponde virtualmente, no al grupo de las inéditas, sino de las momentáneamente olvidadas. Para explicar el hecho, transcribiré una nota que figura en mi "Ideario de Rodó".

"El camino de Paros", obra fraguada en los talleres de la Editorial Cervantes (Barcelona), consta de dos partes: la primera, —"Meditaciones", subtítulo que en general no se justifica— es un arbitrario centón de trabajos publicados en la prensa del Río de la Plata y cuya procedencia queda, naturalmente, en blanco; la segunda —"Andanzas", subtítulo vagamente unamunESCO— ofrece, en forma desordenada e incompleta, las admirables crónicas escritas por el Maestro en el curso de su viaje a Europa".

Agrego, más adelante:

"El señor Vicente Clavel, director o colaborador de aquella editorial, ideó el título de ese libro póstumo, según lo declara en el prólogo de los supuestos "Motivos de Proteo" (Edit. Cervantes. Barcelona, 1927). Debo añadir que el título, feliz sin duda,

Iba a visitar el Castillo con el sentimiento de su interés tradicional, y su grandeza se me impuso también por los ojos. Gusto, en arquitectura, de la majestad severa, y un tanto áspera y ruda; de lo que parece obra de la naturaleza, por la sencilla manifestación de la energía, y obra de cíclopes o de titanes, por el atrevimiento de las proporciones y las formas. Así, pocas construcciones humanas han producido en mi ánimo tan avasalladora impresión y han correspondido tan cumplidamente a mi idea de la belleza arquitectónica, como el Palacio Pitti, de Florencia, con sus inmensos y toscos sillares, que semejan rocas naturalmente superpuestas. El Castillo de Sant'Angelo es de esa casta monumental. Quien lo mira desde cierta distancia lo imaginaría un peñón apenas redondeado por la mano del hombre. Y de esta sencillez irradia, en severas ondas, la fuerza. El tiempo ha arrebatado el revestimiento de mármoles que, según parece, tenía originalmente el Mausoleo de Adriano; y la aspereza y el opaco tono de la piedra sientan bien al carácter austero y heroico de esta forma gigante.

Procede, no obstante, de palabras escritas por el propio Rodó en su estudio sobre Darío: "En vano se lamenta Leconte de que hayamos perdido para siempre el camino de Paros". El texto de la obra póstuma a que me refiero, configura, en cambio, un nuevo sacrificio de los valores estéticos a los intereses comerciales. Alguien remitió al señor Clavel, desde Montevideo, recortes o copias de las crónicas y demás páginas recogidas en el libro. Las crónicas —salvo "Palermo"— fueron publicadas en "Caras y Caretas", así como en un "suplemento mensual" editado por la misma revista y denominado "Plus Ultra". En la colección de dicho suplemento, conservada en nuestra Biblioteca Nacional, falta el número once, correspondiente al mes de marzo de 1917. En la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, pude ubicar ese número de "Plus Ultra", donde figura una crónica del Maestro, "El castillo de Sant'Angelo", acompañada de esta fecha: "Roma, diciembre de 1916". Por tal circunstancia, quizás, no fué incluida en ninguna de las ediciones de "El camino de Paros", aunque también fuera reproducida por una revista de Montevideo, ("Anales", N.º 49, 1920). — Roberto Ibáñez.

La entrada del Castillo que os sale al paso viniendo del Puente de Sant'Angelo se abre sobre un oscuro corredor, donde entre pedazos de mármol, despojos del primitivo monumento, se conservan los bustos de Adriano y Antonino. Luego, por una suave rampa se asciende al que fué mausoleo de los Emperadores, compuesto de dos cámaras: una donde un nicho colosal, hoy vacío contuvo probablemente la estatua de Adriano, y otra donde reposaban las imperiales cenizas en urnas de sustancias preciosas. Los que, en días de necesidad o de saqueo, quitaron esas urnas, arrojarían las cenizas al viento; y esta defraudación del sueño imperial, que imaginó la eternidad del reposo en un sepulcro estupendo, me parece suerte menos triste que la de los embalsamados Faraones que ví en el "Museo Egipcio" de Turín, arrancados a la quietud de sus Pirámides y expuestos como objetos de curiosidad.

Súbese después al segundo plano del Castillo, y se llega a un patio, — el *Cortile delle Palle*, — donde descuellan, entre pilas de antiguas balas de piedra, un San Miguel de mármol, de Rafael de Montelupo. La fachada de la hermosa capilla que ocupa el fondo de este patio, es obra de Miguel Angel. De la capilla paso a visitar unas salas donde se han reconstituído determinados aspectos de la habitación y las costumbres en el siglo XVII: un cuerpo de guardia, un laboratorio y un despacho de farmacia; todo ello con exacto y minucioso carácter de época. El laboratorio aquél, con sus anticuados vasos y alambiques y el vetusto marco del Castillo, sugiere ideas de alquimia y nigromancia: esperáis ver aparecer la luenga barba y el semblante enjuto de un monje buscador de la piedra filosofal. Una preciosa colección de cerámica italiana y otra de viejas armas y máquinas de guerra, dan interés a las cámaras siguien-

tes, una de las cuales lleva el nombre de "Sala de la Justicia" y era la sede del tribunal que juzgaba, por cuenta del Pontífice, a los prisioneros de Sant'Angelo. El vecino espacio descubierto, que denominan *Cortile dell'Olio*, estaba dispuesto en otro tiempo como sala de teatro, y allí se representó, delante de León X, una comedia de Ariosto: *I Suppositi*.

Estrecha escalera conduce del *Cortile dell'Olio* a las prisiones de siniestro renombre, en que padecieron reclusión, entre otros, Beatrice Cenci y Benvenuto Cellini. Imaginad unas angostas cuevas de piedra, donde apenas se diferencia el día de la noche; donde penetráis encorvados y respiráis con afanosa angustia. Pénsar que en uno de esos negros sepulcros ha entrado una criatura humana y la puerta se ha cerrado tras ella, es pensamiento que me hiela la sangre. Cada cual tiene la imaginación sensible a determinado género de suplicios, como a determinado género de goces. A mí no me espantan, — imaginariamente digo, — muerte de hoguera, ni de cruz, ni de naufragio, ni entre las garras de las fieras; pero siempre me causó el escalofrío del terror la idea del sepultado vivo; del encierro donde falta aire para el pulmón, espacio para el movimiento, luz para los ojos, y donde un silencio inexorable es el testigo único de la espantosa quietud y de la lenta agonía. . . . Asomado al calabozo de Beatrice, mi imaginación evocaba, entre lejanos recuerdos del drama de Shelley, la deliciosa imagen de la infortunada, que el pincel de Guido Reni trazó, tomando el original de la memoria, y que había admirado un día antes en la "Galería Barberini". En la cueva de Benvenuto me muestran, a la luz de una cerilla, un vestigio de aquella mano prodigiosa: Es un esbozo de Cristo resucitado que

aun puede distinguirse en la pared, tras un vidrio que lo preserva; esbozo a que él alude en un pasaje de su "Vida": *un Cristo risuscitante vittorioso che io mi avevo disegnatì in nel muro con un poco di carbone* . . . Luego me complazco en recordar, allí en el propio escenario, la célebre evasión del artífice, y la temeridad de esta fuga me parece, después de conocer la horrible prisión, menos meritoria, o si se quiere, más fácilmente explicable por el acicate de un padecimiento peor que todos los peligros.

Paso de las prisiones a visitar el vasto *oliare*, o depósito de aceite, donde se conservan alineadas ochenta y tantas gruesas botijas, y el profundo silo o granero, que, después de servir para tal uso, se trocó en horrenda mazmorra, según cuenta la crónica del castillo, personificada en el guía que me atiende. Por aquí una escalera de pocas gradas lleva a una estancia menuda y primorosa, cuyos estucos el pincel de Julio Romano revistió de caprichosos adornos: es el cuarto de baño de Clemente VII. Llegado al piso superior, donde el castillo se convierte en apacible alcázar, admiro las habitaciones de otro pontífice famoso, de Pablo III: la llamada "Sala Paulina", que decoran frescos de Perín del Vaga y otros discípulos de Rafael; la antecámara, o "Sala de Perseo", donde la historia del vencedor de la Medusa se desenvuelve en preciosísimos frescos, obra de los mismos o semejantes pinceles, y el dormitorio, o "Sala del Amor y de Psiquis", en la que está divinamente figurada la hermosa fábula de Apuleyo, y donde muebles y cuadros de la época reconstituyen la fisonomía y el ambiente de la alcoba pontificia. ¡Nido de insinuante voluptuosidad, que enciende en mi imaginación todo el cuadro de aquella Roma restituida a los dioses; de aquella Ro-

ma neo-pagana, que excitó el horror de Lutero y que encarna bien la figura de ese pontífice Pablo, en cuya frente caería, mejor que la tiara, la guirnalda de hiedra; Farnesio sibarita y jovial, gustador de mascaradas, calzagatas y festines; protector de bailarinas y bufones, y excelente bebedor de Malvasia y de dulces vinos de Grecia...! —Veo aún una elegante galería, que llaman "Logia de Julio II"; una espaciosa sala que fué Biblioteca papal, y la "Cámara del Tesoro y del Archivo secreto", donde palpo inmensos y fortísimos cofres, que guardaron el oro con que fué costeadá aquella perenne saturnal del paganizado cristianismo.

Subo, por último, a la más alta terraza, y miro de cerca de Werscháffelt, que el ángel de bronce corona, en actitud de envainar la vengadora espada, la adusta majestad del castillo. Tiendo la mirada en derredor, y veo desplegarse un maravilloso cuadro que no esperaban mis ojos. A mis pies, colosal, augusta, gloriosa, Roma se extiende, bendecida por el azul sin mancha del cielo, por el radiante júbilo del sol; el sol y el cielo de este dulcísimo invierno romano, que parece aún más una primavera que un otoño. Como protagonista de la inmensa escena, donde torres, rotondas, pórticos, arcos y obeliscos representan el drama de treinta siglos de historia, descuella la fábrica ciclópea de "San Pedro", que de esta altura se domina en su armoniosa integridad, sin que la falta de distancia vele la estupenda cúpula, como cuando se mira el templo desde su propia plaza, ni la interposición de otros edificios oculte el majestuoso frente, como cuando se mira la cúpula desde paraje llano. El Tíber pasa por medio de la vasta metrópoli, con serenidad imperatoria; un cerco de montañas cierra la anchurosa extensión, y verdes cenefas de bosque bordan a trechos sus faldas; pero en panorama como éste la

obra de la naturaleza queda abrumada por la muchedumbre infinita y la evocadora virtud de lo que es obra del hombre. Así como otras alturas ocasionan el vértigo de la profundidad material, ésta produce el vértigo de la fantasía, por el torbellino de imágenes, por el raudal de recuerdos y de ideas, que fluyen del amplio circuito, donde cada palmo de tierra está marcado con un relieve de gloria. Se piensa haberse remontado a las cumbres de la eternidad y ver pasar, allá abajo, la corriente de los tiempos, la caravana de las generaciones. Y hay un momento en que, después de abismarme en la contemplación de "San Pedro", que tengo a la derecha, columbro en el opuesto confín, sobre el fondo de los Montes Albanos, la mole circular del Coliseo, y me extasio paseando la mirada de uno a otro de los dos gigantes enemigos; genios de piedra de las dos civilizaciones que son el fundamento de nuestra vida espiritual y que tuvieron ambas, por excelsa tribuna, por foco de irradiación y propaganda, a esta ciudad verdaderamente única y suprema en la inmensidad de los siglos.

*